

EL ENGENDRO DEL RIACHUELO

Todo comenzó en el cementerio de Recoleta, una fría noche de otoño. Mi amigo Lucas me había insistido hasta el hartazgo en asistir a una visita guiada, con brindis incluido. Obviamente, se realizó en horario nocturno, para darle una impronta más terrorífica al asunto. Todo se desarrollaba con normalidad y nuestra guía repasaba a todos los famosos que yacían sepultados allí. Nos fuimos adentrando en esa hermosa necrópolis a través de sus laberínticos pasillos. De a poco empecé a sentir como el aire iba cambiando y la energía fue mutando de un modo siniestro. Hasta que llegamos al pútrido sector de los tan *atractivos* nichos. De un momento a otro, noté que uno de ellos estaba roto (o profanado) y por allí aleteaban una considerable cantidad de moscas. Y, para colmo, el olor hediondo que salía de su interior era inconcebible. Luego me empecé a bajar la presión y me tuve que ir a sentar y tomar un poco de agua. El mundo de los muertos estaba penetrando en mis cinco sentidos con toda la maldad habida y por haber. Esto me provocó un ataque de tos y reflotó mi execrable angina, que creía haber superado unas horas atrás. De hecho, no llegué ni a tomar el cóctel de despedida. Necesitaba volver a respirar aire puro; así que nos fuimos a comer algo a una cervecería que quedaba ahí cerca. Pero prácticamente no pude echar un solo bocado: aún continuaba oliendo ese aroma pestilente a putrefacción y muerte. Es más, aún seguía mareada y alterada, visiblemente afectada por esa tumba del averno. Encima, la batería de mi celular estaba en un 17 %, a riesgo de apagarse en cualquier momento. Intenté cargarlo en los enchufes del bar, pero no funcionaba ninguno. Otro misterio sin explicación, en una noche que se estaba convirtiendo en una auténtica pesadilla.

-Hay Lucas perdóname, te juro que no puedo comer, no sé qué me pasa. ¿Vos no sentís ese olor? Te juro que todavía lo huelo, como si me hubiese seguido hasta acá- le dije consternada y con el último hilo de voz que me quedaba.

-No Sara... en ese momento si lo sentí, a las moscas también las vi, pero ahora te aseguro que la hamburguesa está riquísima y la cerveza ni te cuento. Ya se te va a pasar. Tomate la gaseosa por lo menos- expresó mientras devoraba su combo.

-Ya lo intenté, pero no puedo. Siento que me estoy comiendo un pedazo de carne magullada y que estoy tomando sangre condensada. Creo que lo mejor va a ser que me pida un remis hasta Lomas. Ni en colectivo voy a poder volver- vaticiné con preocupación.

-Dale no hay drama, vamos para afuera. ¿Lo podes pedir vos o querés que te ayude?- interrogó mientras deglutía su último pedazo de emparedado.

-Lo pido yo, no te preocupes. Solo espero que venga rápido, me siento cada vez peor... ¿No tenés un cigarrillo, de casualidad?- clamé ansiosamente.

- Si, obvio. Tomá, mirá que es tabaco armado. Así que fumalo despacio. Vení, dame un abrazo amiga. Todo va a estar bien, ya vas a ver- exclamó Lucas queriendo tranquilizarme. Y por un instante lo logró. El humo del cigarro ingresó en mi organismo calmando mis nervios. Aunque, tal vez, en demasía. Luego me volví a sentir débil y con mucho miedo. Para colmo, el remis estaba tardando mucho. Abracé a mi amigo y ahí nos quedamos, sentados en una mesa frente a la plazoleta Alberto Lagos. Ya estaba por llegar mi auto, cuando de repente el maldito hedor volvió a la carga, provocándome un leve desmayo. El aire se volvió más espeso y me costaba respirar. Apenas llegué a ver como mi amigo gritaba y gesticulaba. La moza me trajo un vaso de agua y supongo que eso me apaciguó. Al fin me pude parar. Sentía un frío extremo, mis manos estaban congeladas. Lucas me dijo que esperara un rato hasta que se me pasara y que pidiera otro auto. Pero yo me quería ir de ese tenebroso lugar a toda costa. No podía aguantarlo ni un segundo más. Al fin, luego de unos eternos diez minutos, llegó mi coche: una Kangoo gris bastante

venida a menos. Aunque ya no me importaba. Me acomodé en el asiento de atrás, preparándome para dormir plácidamente hasta mi casa. Pero la voz de “Alfonso”, el conductor, resonó fuerte en el vehículo. Alcé la vista y observé que no paraba de mirarme. De estatura media, robusto, moreno y con bigotes, lucía un sweater negro y guantes oscuros también. Al parecer, quería entablar una conversación, mientras que yo solo quería teletransportarme hasta mi cama. Chequee mi celular y solo le quedaba un mortífero 12 % de vida.

- ¿Qué pasó bonita? Una noche complicada ¿No? ¿Me querés contar? Bah, soy un metido yo- me dijo con un tono extranjero que no pude reconocer.

-Sí, solo quiero llegar a mi casa... Son raros los cementerios, creo que nunca más voy a volver a pisar uno. Perdón, tengo anginas, no me da más la voz, ¿Le importaría...?- Llegué a decirle con un débil chillido.

- Ah si te entiendo querida, estos no son lugares para una mujer tan linda como vos. Dan malas vibras, siempre. No hay drama, yo te hago compañía. Los taxistas somos buenos para eso. Y muchas más cosas que no te imaginas- me dijo el libidinoso ser, mientras yo palidecía. Por si fuera poco, mi batería esbozó un temeroso 5 %. – Ah ¿Se te acaba la batería? Yo tengo un cargador acá, pero el cable es medio corto. Si quieres te puedes pasar adelante, y lo transformamos en largo jaja es un chiste- expresó socarronamente.

- No, estoy bien acá. No se preocupe. Solo maneje, por favor, que me siento mal- meforcé para decirle con el último aliento que me quedaba. Llegué a mandarle un mensaje a mi madre, alertándola sobre el peligroso pervertido que me estaba llevando. Solo esperaba que la batería me aguantara al menos un rato más. Luego me dormí por un instante (o al menos eso me pareció, en mi complicada percepción del espacio y el tiempo) y cuando abrí los ojos me encontré en una zona que conocía, pero que no era la indicada para llegar rápidamente a mi destino.

- ¿Dónde estamos? Esta no era la ruta más rápida. Encima es más peligroso por acá. ¿Por qué me lleva por este camino?- le dije totalmente abombada y forzando un susurro horrendo.

- Ah, se despertó Cenicienta. Discúlpame, pasa que la autopista estaba cortada por un choque, entonces agarré este atajo por el riachuelo. No te preocupes, vas a ver que llegamos enseguida. Fijate en el mapa- respondió el maldito engendro. Parecía que tenía preparada una respuesta ante cada decisión que tomaba. A ver, el hombre tenía razón, porque al seguir por 27 de febrero -una calle completamente pegada al riachuelo- podríamos llegar hasta el puente La Noria y ahí retomar la autopista hasta Lomas. Pero no era una zona adecuada para llevar a una mujer sola, en el auto de un completo extraño y cerca de las once de la noche. Eché un vistazo alrededor, y las luces del alumbrado eran tan tenues que me generaban un horror absoluto. Mi batería marcaba un moribundo 2 %. Y en el momento en que le estaba escribiendo a mi mamá sobre mi paradero, el estúpido teléfono se apagó. Me agarré la cabeza de la impotencia y casi le pego una trompada al techo. El degenerado se dio cuenta y siguió con su discurso lascivo.

- Ah, ya se te apagó. No te preocupes belleza, pásamelo que te lo cargo si querés. No te voy a cobrar de más por eso. Aunque si me das algo extra, no me quejo eh- esbozó, exhibiendo sus horribles dientes. Lo pensé por un segundo. Necesitaba escribirle a mi madre, pero preferí seguir sentada, ignorando al depravado del chofer por el resto del viaje.

- No se haga drama, justo le pude mandar la ubicación a mi novio. ¿Puede manejar un poco más rápido? yo voy a descansar la voz, porque no estoy bien ¿Ok?- le dije tratando de no mostrarme desesperada, y con un arrullo apenas perceptible.

- Ok linda Sara, hace bien en cuidarse. ¿Así que un novio, eh? Claro con lo preciosa que es usted, debe hacerle el amor todos los días. Aunque no le puedo asegurar que lo haga

mejor que yo. Nunca se sabe con qué clase de loco te puedes llegar a encontrar en la noche ¿No?- expresó mientras me tocaba la rodilla impunemente. O tal vez logró pincharme con algo, porque me hizo exasperar. Al principio me fui para atrás y quise abrir la puerta para bajarme, pero esas camionetas tienen un sistema muy extraño de trabas automáticas, que solamente él podía abrir. Luego me dio un mareo muy fuerte y todo comenzó a dar vueltas. Me tragué todos mis chicles y traté de estar consciente, sin importar las consecuencias.

CONTINUARÁ...